

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8335

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Miércoles 21 de Agosto de 1889

ANTE LA TORRE EIFFEL.

Salve, esbelto y magnífico coloso,
De la moderna industria hijo querido;
Férreo brazo a las nubes extendido
Por este siglo que será famoso!
Síntesis del trabajo victorioso,
Yo, humilde obrero, ante tus pies rendido,
Saludo al genio en tí, que ha concebido
De tu fábrica inmensa el hecho hermoso!
En honor a tu altiva prepotencia
Pulsa la lira este modesto vate;
Grande eres, lo confieso en mi conciencia;
Mas, debo aquí decir para remate
Que también lo es *El Barco de Valencia*,
Soberbia torre Eiffel del Chocolate.

A los consumidores que presenten el día 1.º de Agosto 1500 cubiertas de paquetes de chocolate de *El Barco* se les regalará un palo para las corridas de toros pasando por el dique Botante, un cuello de pieles, una capa y entrada gratis en la Exposición de París.—El del ojo ausente, Caridad 3, Cartagena.

CURA inmediatamente toda diarrea de vómitos y disenterias, de los niños y de las embarazadas. **BISMUTO Y CERO** de **VIVAS PEREZ**. Depósito en las principales farmacias.

Véase en la 4.ª plana el anuncio *Gran Exito*.

NO MAS CALENTURAS

Se acabará las calenturas, tercianas y cuartanas por rebeldes que sean, tomando las pildoras antifebrífugas preparadas por D. Fermín Martín y Gil, Farmacéutico de Cádiz.

Es tan grande la eficacia de nuestras pildoras antifebrífugas para estas enfermedades, que no solo hacen al enfermo desterrar las Calenturas desde el momento en que las empieza a usar siempre que sea en la forma que determina el prospecto que cada caja lleva dentro sino que hacen que recobre el apetito perdido y como consecuencia inmediata, la adquisición de las fuerzas que no tiene, perdidas también, por causa de la enfermedad, sucediendo todo ello de una manera tan rápida en la economía que permiten que el paciente continúe consagrado a sus ocupaciones constantes, sean las que fueren, sin dejarlas un solo día: Tal es la naturaleza de nuestras pildoras antifebrífugas.

Precio de la caja entera. 22 rs.
Id. de la media caja. 11 rs.
Se expenden en las farmacias de los señores don Luis Rizo y Blanca, Cuatro Santos 14 y 16 y Sres. Germes hermanos; Carmen 12 y Mayor 14, Cartagena.

LA PASION POLITICA.

Una de las causas que más contribuyen a los errores que en la gobernación del Estado y en el juicio que se forma de los actos gubernativos lamentamos, es la pasión, muchas veces exagerada, con que se suele obrar dentro de la esfera política.

El gobierno, en España, viene a ser una defensa, y las oposiciones vienen a ser un ataque, pero no una defensa de la verdad y de la justicia y un ataque contra el error y el mal, sino una defensa de los intereses del partido y sus particulares, y un ataque para conquistar el poder.

Más bien que adversarios, los partidos políticos son enemigos.

Y el pertenecer a uno cualquiera de esos partidos, parece que impone la obligación

de creer y decir que todo lo que hay en lo demás es malo.

Cuando un partido manda, para ese partido todo va bien, y para los demás partidos todo va mal.

Y es una verdad que, en cualquier gobierno, se encuentra algo digno de alabanza, por lo acertado, por lo útil, por lo bien intencionado, y algo digno de censura por diferentes razones.

Las oposiciones rarísima vez reconocen lo primero; los ministeriales rarísima vez confiesan lo segundo.

Y esta oposición de criterio sobre los actos de un ministerio, hija de la pasión, produce en seguida, no discusiones, sino verdaderas disputas que la misma pasión convierte, muy a menudo, en repugnantes riñas.

Da pena casi siempre la lectura de la generalidad de los periódicos políticos, por lo mismo que afirman hoy lo que ayer negaron y niegan mañana lo que han de afirmar al otro día.

Hay como un turno entre ellos. Cuando los unos emplean la política ministerial, los otros la de oposición, y viceversa. Y los ministeriales, en cuanto el ministerio cae, dicen lo mismo exactamente que decían antes los de oposición, así como los de oposición, en cuanto su partido sube al poder, dicen lo mismo exactamente que decían antes los ministeriales.

Todo esto prueba, además, que hay muy poca sinceridad en las creencias y poca imparcialidad en las opiniones.

Hay mucho de sistemático, de rutinario y hasta de inconsciente en la marcha de los partidos políticos.

De otro modo, es decir, si todos se dejasen llevar por sus propias convicciones, por su propio criterio, por sus propios deseos, acaso no habría partido posible; porque precisamente los españoles disentimos unos de otros en todo y para todo.

Y la verdad es que si aquel carácter sistemático y rutinario sirve para mantener la existencia de los partidos, en cambio sirve también para que los hombres digan muchas veces lo que no sienten, defiendan lo que consideran malo y vayan contra el adversario a sabiendas de que el adversario tiene razón.

Aparte de eso, la pasión política origina males de verdadera gravedad.

El lenguaje de la prensa nos dice a todas horas hasta qué extremo de apasionamiento suelen llegar los políticos en esta tierra.

Ciertas escenas del Parlamento hablan también muy claro sobre lo que sucede en cuanto la pasión interviene.

Y la vida de muchos pueblos, lo que ocurre sobre todo, en cuanto se presentan unas elecciones, pone ya de manifiesto todo el mal que de la pasión puede sobrevenir.

Tiene indudablemente sus ventajas el apasionarse por un ideal, el obrar con el entusiasmo propio de las pasiones.

Lo malo es que aquí lo de menos es el ideal, lo de menos es el entusiasmo.

Aquí se defiende únicamente el mando. Por eso hay gentes que han pertenecido a todos los partidos y en todos los partidos han mandado.

Y la pasión con que se busca el mando es una pasión egoísta, ruin, que ciega más que ninguna otra, y que puede producir, y muchas veces produce consecuencias desastrosísimas.

Si se procediera con serenidad de juicio, con imparcialidad de criterio y sobre todo con limpieza de corazón, muchas veces se iría a buscar a los mismos adversarios para otorgarles aquello que les corresponde, y muchas veces se confesarían errores y faltas que realmente se cometen.

Además, desde el poder se atenderían mucho los consejos del verdadero amigo y las advertencias y censuras del adversario; y desde la oposición se juzgarían con acierto los actos del gobierno y se haría siempre justicia, y siempre con prudencia, con moderación y con finura.

Porque es triste leer en los periódicos las palabras, los calificativos, los juicios que mutuamente se dedican los partidos y sus hombres.

Algunas veces asombra el ver que ciertas cosas se pueden decir; y aunque exista la libertad más absoluta y completa para la expresión del pensamiento, no se explica cómo se puede usar así de la libertad.

Y es que la pasión, esa pasión pequeña y egoísta, lo invade todo, y todo lo envenena, sacándolo todo de la región de los principios y de las ideas, y echándolo a las de las personalidades.

Variedades.

Solución a la charada inserta en el número anterior.

TEATRO

Charada

Primera una letra
Pronombre la dos
Y el todo es y ha sido
Tanto como Dios.

José Martí y Mata.

La solución en el número próximo.

LOS VALIENTES

Me he convencido de que para ser valiente no se necesita más que hacer ánimo y decidirse a serlo.

El que tiene la precaución de echarse el sombrero un poco hacia la cara, andar despacio, mirar con cierta seriedad, y saludar con un pequeño movimiento de cabeza, tiene mucho adelantado para darla de valiente.

El valor tiene muchas clasificaciones y es difícil reunir todas en un solo individuo.

Hay quien tiene valor para correr media legua huyendo de un peligro, ó para hacer la gallina cuando alguno le hace cara, ó para confesar su debilidad con una valentía que raya en temeridad.

Los hay, valientes hasta el extremo, con todos aquellos que por su temperamento son débiles é inofensivos.

Ante estos pusilánimes, de que suele haber buen número, el valiente se cree de un modo extraordinario.

Abundan otros, que rodeados de unos que se llaman matones porque ellos mismos se llaman así, y que a veces les pido es siempre con su cuenta y razón, se tienen por unos héroes en la inteligencia de que si el compro-

miso exige ir a mayores, sus matones le guardarán las espaldas.

Hay valientes, tal como suena, que huyen de toda camorra, son comedidos y bien educados y solo en el caso de absoluta necesidad dan a conocer lo que son.

Estos últimos abundan poco.

En cambio los otros parece que se multiplican por todas partes.

Los señores de oficio, que viven a costa de su valor cacareado van siempre armados con todas las herramientas y armas de fuego de los sistemas más reputados, sin que el armamento sea obstáculo para darse a las piernas, cuando algún ciudadano de esos que saben donde tienen su mano derecha, y sin el menor ruido sacuden cuatro bofetadas, oportunamente, siempre que el caso lo requiere.

De todo lo que se llama valiente ocupan el número uno, los perdona vidas porque si.

No conozco uno, que a un golpe de los de aquél a quien se le está perdonando, no caiga redondo al suelo sumido en el mayor de los miedos.

La monomanía del valor es contagiosa; de aquí que aquel que se acompaña con un valiente de oficio, lo es también al cabo de poco tiempo.

Cuando yo tenía 25 años, la daba de flamenco y adquirí relaciones con un espada-chín, que tenía una hoja de servicios muy llena de hechos heroicos que atemorizaban a cualquiera.

Prestose desde luego a darme lecciones de valor, y al efecto en un patio de mi casa me puso al cobriente tanto en el juego de las armas, como en la manera de vestir, en el modo de mirar y demás detalles indispensables a todo valiente.

De vez en cuando echaba mano a la hoja de servicios y me leía algún terrible episodio en que gracias a su valor había quedado su reputación a una buena altura.

Poco tardó en que yo me creyera ya uno de tantos y fuera por esas calles perdonando las vidas a todos aquellos que encontraba al paso.

Al mes de ser yo valiente, fui una noche con mi maestro a un baile de candil, donde acudió un personal de faca en cinto, que daba gloria verla.

Serían las doce de la noche cuando se armó una camorra por cuestión de algunos copag de más, que salieron a relucir armas blancas, negras y de todos los colores conocidos.

En aquel momento, primero que se me presentaba para hacer gala de mi valor, consideré que la prudencia no estaba reñida con él, y siguiendo al primer impulso salí a la calle y me puse en precipitada fuga, observando que otro valiente de mi categoría corría como un desesperado, diez pasos delante de mí. Traté de darle alcance, y cual sería mi sorpresa al encontrarme con mi maestro, que cayó al suelo rendido de fatiga.

Ya junto a él, le levanté como pude, y una vez que las vías respiratorias me lo permitieron, echándole la mano sobre el hombro le dije:

—Maestro, no se canso V. más un tí por casa a darme lecciones de valor: usted es un gallina, y yo otro, hemos cambiado.

Al día siguiente supe que la hoja de servicios tan decorada que me había llenado el mismo.

Los señores de oficio de los valientes del día, son exactamente iguales a mi maestro.

El que cree que cargándose de armas va a ser valiente, padece una funesta equivocación.

No falta quien piensa que con ahuecar la voz, ponerse muy serio, y llevar un garrote en la mano, todo el mundo le va a tener miedo.